

CONCIERTO DE VOCES TICAS¹

Juan Durán Luzio

Esta singular novela de Zoraida Ugarte toma la forma del libro de memorias o, más bien, se presenta como una suerte de biografía novelada de una joven mujer llamada Agua Río Laurel, cuyas etapas formativas se van presentando por medio de la relación de pasajes diversos pero unidos, de esa vida que despierta asombrada y curiosa ante su pueblo, su ciudad, ante los demás.

Aunque en *El solar de las siete hierbas* pudiera echarse de menos el acontecimiento unificador capaz de crear la tensión que el género exige, es cierto que el viaje de la joven Agua Río desde su provincia hacia la capital y su descubrimiento paulatino del barrio donde se instala con su madre, y luego de San José, tiene el sentido de un proceso, a modo de hecho central, este se dilata o se expande en la dirección de las reflexiones o disquisiciones personales de esa joven mujer, y no en beneficio de una acción unitaria.

No obstante, es cierto también que esas reflexiones están llenas del atractivo que ofrece una mirada juvenil inteligente y crítica descifrando los misterios de la ciudad y de las gentes que descubre en ese incesante proceso de observar a su alrededor.

El intercambio de cartas de la joven con el anciano mentor que la escucha y le responde desde sus tierras de Pacuare es un buen recurso narrativo para poner de manifiesto cuanto ella ve y para conocer el pensamiento de su maestro, sencillo, pueblerino y sabio.

Los personajes, además de Agua Río, Nita y Pedro Laurel, los principales, están muy bien configurados, y hay aquí un buen número de ellos, y aunque no siempre aparezcan como necesariamente insertados en la historia, esto resulta secundario con relación a la riqueza de la mayoría, especialmente las mujeres.

Hay una sugerente galería de arquetipos nacionales en las páginas de esta novela. Son los hombres y mujeres que construyeron el siglo XX costarricense.

Desde diversas perspectivas, el punto unificador de mayor interés en esta obra es la visión de un San José de mediados de aquel siglo, cuando lo urbano comienza a prevalecer, desde la perspectiva de una mujer joven inquieta y observadora. Su pupila inteligente registra, sobre todo desde una visión afectiva, aquellos lugares que le son significativos, vistos, en general, en contrapunto con sus asoleadas tierras del Atlántico.

De ese modo, los espacios descritos alcanzan otro punto alto de esta novela -tanto los de la región atlántica como los josefinos-, cuando el relato se demora en ellos con un lenguaje amplio y pleno de evocaciones afectivas.

Vaya lenguaje el de esta novela. A mi juicio, el punto más alto de la obra es el lenguaje: una espontánea e infrecuente riqueza léxica aparece por todo el texto, poniendo en acción un español costarricense pleno de tonos y matices coloquiales, de voces familiares, a ratos un lenguaje lleno de humor, a veces satírico, irónico o burlesco.

Esa gama de voces y frases tan bien concertadas, sea desde el plano enunciativo de los personajes o del narrador, es muy poco frecuente en nuestra narrativa y esto hace de *El solar de las siete hierbas* una obra singular. Particularmente ricas son las referencias hacia lo externo, las descripciones y el diálogo de personajes de la zona caribeña, en las cuales la expresión lograda da cuenta de sus objetivos con una sorprendente variedad de voces o neologismos. He aquí y sostenidamente a lo largo de la obra, un castellano costarricense en su cima.

En suma, es una buena novela por sustanciosa, distinta a cuanto se viene haciendo entre la generalidad de la narrativa nacional.

¹ Reseña publicada en *Ancora, La nación* (28 de abril, 2007).